



www.loqueleo.com/ec

© 1904, Luis A. Martínez
© De esta edición:
2019, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-685-9
Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2015
Primera edición en Loqueleo Ecuador: Abril 2017
Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola
Prólogo y estudio: Juan Pablo Castro Rodas
Fotografía de portada: Juan Zurita
Diseño de portada: Adriana Pozo
Actividades: Cecilia Velasco
Cuidado de la edición: Angélica Peñafiel Loaiza
Diagramación: Isabel Castellanos
Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

A la Costa

Luis A. Martínez



loqueleo

Índice



Prólogo	9
PRIMERA PARTE	
I	15
II	22
III	31
IV	34
V	38
VI	43
VII	49
VIII	56
IX	61
X	68
XI	74
XII	80
XIII	86
XIV	92
XV	96
XVI	113
XVII	121
XVIII	127
XIX	134
XX	140

SEGUNDA PARTE

I	149
II	161
III	171
IV	178
V	183
VI	185
VII	196
VIII	201
IX	212
X	227
XI	233
XII	243
XIII	247
XIV	255
Estudio de la obra	265
Cuaderno de análisis	279

Prólogo

Por Juan Pablo Castro Rodas



Contada con ritmo vertiginoso, esta novela bien puede considerarse una de las conquistas más vigorosas de la literatura ecuatoriana del siglo XX. No solamente porque inaugura una manera realista de narrar el mundo, sino porque resulta particularmente vanguardista. Recordemos que estamos en 1904, año en el que *A la Costa* se publica. Entonces, recién algunos elementos de la cultura mundial empezaban a circular dentro de las fronteras patrias. Por ello, resulta sorprendente cómo Luis A. Martínez se aproxima a las formas cinematográficas de narración.

Menos de diez años atrás, el 28 de diciembre de 1895, los hermanos Lumière presentaban al mundo el cinematógrafo. El ya célebre corto *Llegada del tren a la estación de La Ciotat* marcaba el nacimiento de uno de los inventos más maravillosos. Todos los intentos del ser humano —desde las primeras sombras que se proyectaban en las cavernas hasta los juguetes ópticos como el zootropo— por reproducir el movimiento finalmente llegaban a puerto seguro.

Años más tarde, en 1915, el cineasta norteamericano D.W. Griffith estrenaba la emblemática película *Nacimiento de una nación*. En esta, la técnica de narración cinematográfica estaba

ya más desarrollada, en parte gracias a los aportes del cine ruso, así como a las visiones mágicas de cineastas como George Méliès. Los espectadores todavía se asombraban al mirar un mundo formado a partir de imágenes, fragmentos del espacio y juegos rítmicos del tiempo. Los rostros adquirieron un valor fundamental para acentuar las emociones de los personajes.

10 Actualmente, los especialistas en historia del cine afirman que, no obstante sus propios logros, el séptimo arte le debe la capacidad de segmentar el mundo y de exponer las emociones humanas a la propia literatura. En esa disputa, aparece una teoría curiosa: el precinema. Esta visión señala que antes de que existiera el cine propiamente dicho, varios poemas, cuentos, novelas e incluso imágenes tan antiguas como aquellas pintadas en las cavernas, mostraban ya formas de registrar la realidad como si fuesen planos o encuadres cinematográficos.

Pensemos en el joven escritor ambateño Luis A. Martínez, con 32 años a cuestas, viviendo hacia inicios del siglo XX en Quito, lejano al visionado de los primeros cortos cinematográficos de los hermanos Lumière, aunque quizá advertido del nacimiento de la nueva maravilla. Seguramente, mientras escribe *A la Costa* en su mente bullen las imágenes de la historia que aparecen ante sus ojos. Y pensemos que, sin tener certeza de lo que está haciendo, su novela es ya una forma de contar jugando con los recursos de un lenguaje que, en el mundo del cine, empieza a formarse.

Son dos los elementos que permitirían argumentar que Luis A. Martínez es uno de aquellos escritores que evidencian la existencia del precinema.

El primero es su capacidad para diseñar algunos fragmentos de los capítulos como si fuesen puestas en escena cinematográficas. Para los incrédulos, solamente bastaría con leer el primero. En este un joven viaja sobre un caballo, entre mantos de niebla y llovizna helada, cruzando la Sierra ecuatoriana. Llega a una ciudad que ha sido arrasada por un terremoto. Desmonta de su caballo y camina entre las casas destruidas, las fumarolas y los senderos lodosos. Llega a una casa. Apenas quedan en pie unas cuantas vigas de madera. Los muros se han derruido, el techo se ha desplomado y ahí, entre los escombros, descubre los cuerpos inertes de sus padres.

11

Esta escena apocalíptica, sin que medie ninguna exageración, parece escrita por la mente de un guionista. La acción del personaje, el suspenso y el descubrimiento del horror apuestan precisamente por construir un universo sensorial propio del cine. Y, sin embargo, es también pura literatura.

El segundo elemento es la presencia de lo que en el cine se llama *road movie*, es decir, cine de carretera. Corresponden a este género todas las películas que desarrollan su historia a partir del desplazamiento de los personajes por varios puntos de la geografía.

Por supuesto, en la literatura anterior a la publicación de *A la Costa* existen referentes de personajes entregados a un eterno peregrinaje, como el viejo don Quijote, pero lo que vuelve singular a la obra de Luis A. Martínez es que su novela nos traslada, como una *road movie*, a curiosos parajes de la geografía ecuatoriana: Quito, Ibarra, Guaranda, San Miguel de Chimbo, Babahoyo, Guayaquil. No solamente anuncia el

lugar, la locación como dirían los cineastas, sino que describe el desplazamiento de Salvador —héroe y mártir de esta novela—, tomando para ello recursos narrativos del llamado precinema: primeros planos del rostro para acentuar las emociones, planos generales para ubicar el espacio, elipsis para saltar en el tiempo, frecuentes planos de la naturaleza, para acentuar las atmósferas de los lugares que atraviesa.

Así las cosas, el lector tiene en sus manos una maravillosa obra literaria pero también, como si fuera poco, una de las primeras evidencias del precinema en la literatura ecuatoriana.

12

A la Costa es una historia que no dejará indiferente a nadie.





Aquella mañana de agosto, clara y llena de sol, el doctor Jacinto Ramírez habíase puesto a trabajar en su escritorio antes de la hora acostumbrada. Sentado en un viejo sillón de vaqueta estampada, teniendo delante varios legajos de papeles amarillentos, y con su rostro enjuto, pálido y sombrío, y su larga barba gris, se asemejaba a los alquimistas de la Edad Media. Un rayo de alegre sol que entraba por una ventana abierta iluminaba vivamente la figura del doctor, y dejando en una espesa penumbra lo demás de la habitación, daba a todo ese pequeño cuadro un aspecto casi fantástico.

15

Profunda preocupación o tristeza contraía frecuentemente el rostro impasible del doctor. Algo como una idea penosa y pertinaz atormentaba su cerebro, porque a cada instante dejaba la pluma, volvía a tomarla, trazaba algunas palabras en el expediente que tenía delante, para volver otra vez a suspender el trabajo. Al fin abandonó el sillón y púsose a pasear lenta y maquinalmente por la larga y oscura sala, acariciándose con una mano la larga barba, los ojos distraídos y como sin vista clavados en el pavimento, señales todas de una grave preocupación. Un instante parose en el cuadro de luz que entraba por la ventana y fijó sus ojos en

un ennegrecido retrato de cuerpo entero que se difuminaba en el fondo de la sala, contuvo un involuntario suspiro, y algo como una lágrima brilló en la mejilla iluminada vivamente por el sol. Volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho, metió las manos en los bolsillos del largo paletó que llevaba, y continuó el interrumpido y monótono paseo.

¿Qué era lo que atormentaba al doctor Jacinto Ramírez, abogado de Quito, en aquella mañana clara y soleada del mes de agosto? El recuerdo de una catástrofe espantosa, cuyos detalles rememoraba uno a uno como si se complaciera en ellos, era lo que le traía tan preocupado y abatido...

El 16 de agosto de 1868, veintidós años antes, Jacinto Ramírez era estudiante de quinto año de leyes en la universidad de Quito. Para esa fecha había ya rendido con buena votación sus exámenes, y preparábase a marchar para pasar las vacaciones a Ibarra, en donde vivía su familia, numerosa y considerada en la capital de Imbabura. Aquella noche dejose sentir en Quito un terremoto fortísimo, que agrietó casas y echó al suelo algunas construcciones viejas y mal equilibradas: lo que fue temblor fuerte en Quito, en la rica provincia de Imbabura fue cataclismo formidable. A la tarde del 17 de agosto, circuló en esa ciudad la inverosímil noticia de la destrucción de los numerosos pueblos. Ramírez, intranquilo ya desde la víspera por la suerte de los suyos, con la noticia traída por un chagra de Otavalo, púsose violento y resolvió salir esa misma tarde para su tierra natal. Como concibió la idea, la realizó. Al anochecer del 17 galopaba en un mal caballo de alquiler, camino del norte. Confusamente recordaba el doctor los detalles de ese viaje, tenía idea de casas resquebrajadas o ruinosas que bordeaban el camino y de

grupos de gentes azoradas que a cada instante detenían la marcha de su caballo. ¿Caminó toda la noche? No lo recordaba, pero sí tenía aún en sus oídos el aullido de un perro vagabundo, en una loma; y en su retina, el resplandor de una hoguera, en alguna choza cercana...

En la mañana del 18, después de pasar, no sabía cómo, los ríos sin puentes y los caminos convertidos en precipicios, dio vista a la provincia de Imbabura, a la que diez meses antes había dejado tan risueña y próspera. Como un alucinado, sin hacer gran caso de los pueblos y caseríos arruinados, y sin conmoverse con los alaridos salvajes de los sobrevivientes, caminaba, caminaba, dando largos rodeos, con una especie de instinto maravilloso para salvar los abismos que a cada paso cortaban el camino. Al anochecer dio por fin vista a la llanura de Ibarra. ¿Por qué no enloqueció entonces? Lo que tenía delante de sus ojos era algo peor que las visiones terribles de la pesadilla. La gran campiña, sembrada antes de ciudades, pueblos y haciendas, estaba allí a su espantada vista, informe, monstruosa, como si en todo el territorio hubiera estallado una mina inmensa. Las casas eran montones fragmentarios de piedras, tejas pulverizadas y maderas reducidas a astillas. Algún arco de iglesia resquebrajado se levantaba todavía como gigante solitario. Los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes que daban a Ibarra un aspecto oriental, como si hubieran sido asolados por un ciclón furioso, estaban allí tronchados o arrancados de cuajo, las raíces al aire, asemejándose a tentáculos de pulpos gigantes. Las llanuras, ayer verdes, unidas, tersas como alfombras de terciopelo, surcadas estaban por anchas grietas de las que manaba, como la

podredumbre de la tierra, un lodo viscoso y hediondo, y las tendidas lomas que por sus redondeces abultadas parecían antes los pechos de una naturaleza generosa, ahora estaban desgarradas por el azote, mostrando quebradas y precipicios, rocas y peñascos, vacíos de la tierra fecunda.

18 Y luego, en medio de ese cuadro digno de las visiones del Apocalipsis, como natural cortejo de un mundo lacera- do y herido de muerte, alaridos salvajes de los sobrevivientes que huroneaban los escombros; gritos ahogados entre las ruinas, pidiendo socorro; el ruido sordo de un lienzo de pared mal equilibrado que se desploma levantando nubes de polvo; algún perro enflaquecido, el pelo erizado, los ojos brillantes, aullando por el perdido dueño; y en los más re- motos confines de ese campo de catástrofe, balidos temblo- rosos de reses espantadas...

Todavía a la memoria del doctor acuden en confuso tropel detalles vivos y horripilantes... Brazos y piernas sangrientos asomando entre las ruinas y sirviendo de pasto a miríadas de moscas; algún rostro exangüe y contraído por la visión úl- tima, saliendo entre dos fragmentos de muralla; alguna tela de vívidos colores, como florescencia de ese campo de des- trucción. Y en todo el ambiente, un olor de carne corrompi- da, olor de cementerio, de campo de batalla, de cataclismo. La desesperación, la locura, el idiotismo, pintados en los ros- tros de los sobrevivientes vestidos con harapos. Y la natura- leza, en tanto, como burlándose del dolor humano, haciendo lujo de nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne; y el Cotacachi, eterno e impasible, resplandeciente con el último rayo del sol de la tarde, dominando la inmensa llanura cubierta ya de las tintas de la noche.

En la memoria del doctor hay un vacío. No recuerda cómo encontró el sitio donde antes se levantaba el hogar de sus padres, ni de qué modo pudo orientarse en ese mar de ruinas informes que impedían el paso. Cuatro indios me- lenudos, de caras siniestras y miradas sombrías, lo acom- pañaban, de muy mala voluntad, sin embargo de haberles dado en pago todas las pocas monedas que llevaba. Tam- poco tenía una idea clara de los trabajos emprendidos en medio de los escombros para encontrar los cadáveres de los suyos. ¿Todos habían perecido? ¿Alguno estaba vivo aun después de tres días de estar sepultado? ¿O andaba vagan- do por ese caos? Pronto lo supo. Como si la víspera hubiera presenciado la escena, el doctor recordaba que al separar una enorme viga apareció el cadáver del padre con la cabe- za partida y horriblemente desfigurada, y con una mano en actitud de separar el pesado madero. Él mismo, el hijo, con una indiferencia estúpida, había ayudado a mover el obs- táculo y él mismo levantó trabajosamente el cadáver y lo colocó sobre los escombros. Siguió la faena, y a poco fue en- contrado el cadáver de la madre, abrazado al de una niña de pocos años. Ambas mostraban rostros horriblemente contraídos por la suprema angustia de la asfixia. ¿Cuántas horas esas dos criaturas agonizaron pidiendo un auxilio imposible? Más lejos, el cadáver de un niño, de un hermano del doctor, casi destrozado y convertido en un montón de huesos triturados y de carnes laceradas... Y luego, más cadá- veres, más horrores, toda la familia, en fin, sorprendida por la muerte en medio del sueño tranquilo y dulce. Después, el doctor no recordaba ni cómo ni en dónde enterró, en confu- so montón sin duda alguna, a todos los seres más queridos.

¿Cuánto tiempo tardó en llenar esa faena horrible?... Luego vino otra noche, pasada, tal vez, porque él no lo recordaba, al abrigo de una muralla en pie todavía, viendo circular por entre las ruinas las lucecillas que iluminaban la labor de los vampiros, de los merodeadores que escudriñaban las ruinas en busca de infame botín; oyéndose algún sordo alarido de los infelices todavía vivos bajo los escombros; un mugido de un vientecillo helado entre los rotos arcos de un templo cercano; el aullido incesante de un perro extraviado; sintiendo que por el aire vagaba algo como el soplo de la muerte y del estrago... No enloqueció aquella noche horrible, no murió; pero sí, al día siguiente había envejecido medio siglo. El alma fue herida como con un cuchillo agudo, las facultades se embotaron y la noción del tiempo desapareció de su conciencia. Aun después de veintidós años, un horroroso estremecimiento conmovía todas sus fibras, el corazón le latía apenas, y a sus oídos llegaban los ruidos siniestros de aquella noche, y en el aire puro de la mañana que iluminaba la mesa de trabajo creía escuchar ese algo desconocido que anonadó entonces sus facultades como el soplo de un inmenso ángel de exterminio.

Después, lo recordaba sin saber cómo, fue a parar a un campanario improvisado por los sobrevivientes, con pedazos de puertas y con harapos arrancados de las ruinas. Allí comió unos granos de maíz tostado en una teja, con avidez salvaje, porque hacía cuatro días que no había comido, o a lo menos no lo recordaba. ¿Cuántos días pasó en ese campamento? No lo sabía, pero con lucidez rememoraba la venida de los socorros traídos por García Moreno, la actividad devoradora de este, su energía sobrehumana para vencer los

obstáculos de toda naturaleza, su caridad inmensa. ¿Acaso ese hombre era el mismo de Jambelí?

Años después había vuelto el doctor a su tierra natal. Los edificios se levantaban por todas partes; donde fue la casa de sus padres había otra, habitada por desconocidos; los árboles volvían a dar a Ibarra el aspecto de ciudad oriental, el césped de los campos estaba verde y unido; y las lomas, redondeadas otra vez por las lluvias y los vientos, asemejábanse a los pechos de una naturaleza fecunda; y allá, en el fin de la llanura, el Cotacachi resplandeciente con su corona de nieve eterna dominaba impasible y mudo la risueña provincia de Imbabura. Todo volvía a su antiguo estado, solo el alma del doctor había quedado entenebrecida para siempre y tocada por una ponzoña incurable, la hipocondría.

II

22 El tiempo es el gran médico de las enfermedades del alma; atenúa, cuando no borra, las peores heridas.

Ramírez sintió esa benéfica mano tan suave, tan insensible en la manera de obrar, y pasados dos años del terremoto, en el cual había perdido familia, fortuna y gran parte de su vigor moral y de la fe en el porvenir propio, fue relegando a un rincón de su memoria los penosos recuerdos de entonces. A poco del cataclismo, regresó a Quito a continuar los interrumpidos estudios, único porvenir que le quedaba, pues el patrimonio con que antes contaba la familia, una tienda de comercio, había desaparecido en la catástrofe. Difíciles fueron los días que atravesó en Quito; con una mensualidad de diez pesos mandada por un cura, pariente lejano que vivía en un pueblo de la Costa, era necesario vivir; con esa exigua suma pagaba el miserable cuartucho y la ruin comida que le daban en un figón, y muchas veces faltaba la hedionda vela de cebo para poder estudiar las lecciones. Haciendo prodigios de economía y guardando centavo a centavo, podía comprar la pobre ropa que necesitaba para poder salir a la calle y asistir a los cursos. Todas las expansiones propias de la juventud le estaban

absolutamente vedadas y los amigos que podían ayudarle en algo y ser a veces un recurso inapreciable para las luchas de la vida, eran para Ramírez de pura etiqueta; pues él, cohibido con la pobreza y su carácter huraño y triste, nunca intimó con nadie. Concluyó, empero, los estudios: atenta su notoria pobreza y teniendo en cuenta la aplicación y aprovechamiento notables, los derechos de exámenes y grados le fueron dispensados. ¡Con cuánta emoción recibió del pariente cura una pequeña suma de dinero destinada a comprar la levita y el sombrero de copa para el grado! Este fue lucido y obtuvo una votación sobresaliente. ¡Cuánta vergüenza tuvo el nuevo doctor, al no tener con qué comprar una mala botella de vino para invitar a los profesores y condiscípulos, como es de costumbre en estos casos! Solo, huraño, avergonzado, con la muerte en el alma, dirigióse, concluido el examen, a su pobre cuartito, testigo de tantas miserias y amarguras y de tanto tesón y buena voluntad, sin tener a quien comunicar el triunfo obtenido, sin que hubiese una madre llorosa de placer ni un padre emocionado de contento que acogieran al nuevo abogado. Esa noche, que para tantos otros estudiantes es de alegría, de goces mil, de esperanzas, fue para Ramírez de lágrimas.

Poco a poco ganó algunas sumas de dinero en pleitos de asuntos de menor cuantía, hasta que la defensa que hizo ante un consejo de guerra de un pobre artesano acusado de conspirador, dióle con el triunfo, merecida fama de elocuente y conocedor de la ley. Luego vinieron otras causas más complicadas; en el despacho de los juicios anduvo acertado, y su reputación de abogado ganó bastante terreno. Estaba pues, libre de la miseria y con el porvenir asegurado.

23

¿Cómo se enamoró el joven abogado por primera vez? ¿Sintió acaso esa necesidad del corazón que se traduce en el deseo de entregarse a otro, o fue una simple impulsión de la materia, despertada tarde, después de un sueño causado por la hipocondría y el trabajo incesante, o por haberse negado tenaz a los deseos que le atormentaban? Vio a Camila Quiroz, con motivo de un pleito en que él la defendía, relativo a una herencia y se enamoró de ella. No mediaron amores románticos, ni exageraciones; viola conveniente para hacerla su mujer y, sobre todo, viola fácil de conseguir sin tener necesidad de largas esperas y de dilaciones; se casó con ella, mitad por necesidad del alma y mitad por necesidad del cuerpo, pues Camila sin ser bella, tenía ese atractivo especial de las cuarteronas, que encienden los deseos en esos hombres calmosos y tristes como el doctor Ramírez. A poco del matrimonio, el carácter de Camila descubriose tal cual era; una mezcla informe de pasiones ardientes y de frialdades extrañas; de entusiasmos momentáneos y cálculos ruines; y dominando en todo, un exagerado espíritu religioso, un fanatismo elevado al último extremo; enfermedad muy común en las mujeres de esa complexión física, enfermedad de herencia española, aumentada por generaciones dominadas por los sacerdotes. Enfermedad agravada por nuestras costumbres, nuestro cielo triste, nuestro paisaje agreste. Todos estos factores han hecho de la mujer ecuatoriana, y muchas veces del hombre, un ser débil, de poca iniciativa, y una víctima de las enfermedades nerviosas. Debido a esta idiosincrasia nacional, toda innovación se ha considerado como un peligro, toda ambición de mejora social y política, peligrosa, y toda expansión, criminal.

El doctor Ramírez, por temperamento, por afición, por educación, era religioso, profundamente religioso, intransigente con todo lo que no estuviera amoldado a las prácticas más severas. Nunca aceptaba una vacilación, una ligera duda en asuntos de fe. La catástrofe que en una noche le había quitado familia y fortuna, la soledad y aislamiento en que vivió antes de casarse, su mismo carácter apocado y triste, obraron de consuno para llevarle sin esfuerzo a ese estado psicológico, o más fisiológico, tan común en hombres de iguales o parecidas complexiones, que encuentran alivio a los pesares de la vida en las prácticas religiosas exageradas. Además, el medio ambiente social de entonces, más que ahora, era absolutamente favorable para la vida religiosa, un tanto cercana al misticismo. Quito era una ciudad absolutamente católica. Nadie, a lo menos muy pocos de sus habitantes, dejaba de oír la misa diaria en los múltiples templos de que está adornada, los que apenas alcanzaban a contener la multitud de fieles. Todo el año había ya en una, ya en otra iglesia, ejercicios espirituales, o jubileos. Hombres y mujeres, niños y viejos, pertenecían a las cofradías y congregaciones, y era muy raro el ejemplo de que algún hombre de posición social dejara de practicar todos los preceptos religiosos señalados prolijamente por los clérigos y frailes, porque luego le caía la tacha de masón y hereje, suficiente causa para despertar las sospechas de la policía garciana. Poco o nada han cambiado estas costumbres religiosas y medioevales, pues a través de más de treinta años se conservan las mismas, con ligeras e insignificantes modificaciones. Cuando la piedad es extremada, cuando la religión es una máscara fúnebre para disfrazar el vicio